
LA MAYOR LIBERTAD POSIBLE

Debate de Peter Glotz y Tilman Fichter con André Gorz

análisis y debate



1

Secretario General del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) desde 1981, *Peter Glotz*, nacido en 1939, es el principal teórico alemán de la renovación de la izquierda europea. Antiguo universitario, redactor en jefe de *Neue Gesellschaft/Frankfurter Hefte*, que es la revista teórica del SPD al mismo tiempo que una tribuna de debates abierta hacia el exterior, Peter Glotz publicó recientemente *Manifiesto por una nueva izquierda europea* (Siedler Verlag, Berlín 1985) en el que aboga por un modelo social específicamente europeo e insiste en la necesidad de «arrancar a la tecnología una nueva utopía».

Tilman Fichter, surgido de la izquierda estudiantil alemana (SDS), es responsable de la formación política en la dirección del SPD y redactor de *Neue Gesellschaft/Frankfurter Hefte*, que publicó este debate con André Gorz en su número de mayo de 1986.

André Gorz, filósofo y escritor francés nacido en 1924, ejerce desde hace veinte años una influencia determinante en los debates teóricos de la izquierda europea. Su obra *Estrategia obrera y neocapitalismo*, escrita en 1963, tuvo una importancia decisiva dentro de las Juventudes socialistas alemanas (JUSO), ante todo por la formulación de una «estrategia de reformas anticapitalistas». *Reforma y revolución* (1969) y *Crítica de la división del trabajo* (1974), suscitaron igualmente gran interés. Controversias apasionadas entre adversarios vehementes y partidarios entusiastas fueron provocadas por *Adiós al proletariado* (1981) y *Los caminos del paraíso* (1983), en las que Gorz elabora la visión de una sociedad en la cual, gracias a las posibilidades de descentralización ofrecidas por las nuevas tecnologías, las actividades autónomas ganarían por la mano al trabajo heterónomo.

Emancipación en el trabajo y emancipación del trabajo

Peter Glotz: André Gorz, en 1964 publicó usted un libro de título prometedo: *Estrategia obrera y neocapitalismo*¹. Su intención era presentar una teoría coherente para la acción sindical en las empresas. Ese libro tuvo un impacto considerable en la izquierda alemana, especialmente en las Juventudes Socialistas del SPD. He aquí una breve cita: «Toda lucha por reformas no es necesariamente reformista... Es reformista una reforma que subordina sus objetivos a los criterios de racionalidad y de posibilidad del sistema existente... No es necesariamente reformista, por el contrario, una reforma reivindicada no ya en función de lo que es posible en el marco de un sistema dado, sino de lo que debe ser hecho posible en función de las necesidades y las exigencias humanas». Pero apenas quince años más tarde publica usted un libro que lleva por título *Adiós al proletariado*². ¿Qué es, pues, lo que, según usted, ha cambiado tan profundamente en Europa occidental para que sienta la necesidad de enterrar sin rodeos su antigua concepción de una política de reformas anticapitalistas?

André Gorz: Buena pregunta; pero contiene dos malentendidos. Para empezar, no he enterrado en absoluto la política de reformas no-reformistas, sino al contrario. Además, *Estrategia obrera...* no era, para mí, un libro directamente político.

P. Glotz: ¿Cómo, no era un libro político?

A. Gorz: No. Lo político, para mí, rara vez es la preocupación primordial. Lo que viene primero es la pregunta: ¿cuál es el potencial de liberación que contienen los desarrollos presentes? ¿Cómo reprime el orden social dominante esta liberación que, al mismo tiempo, él hace posible?

Al comienzo de los años 60, la respuesta a estas cuestiones me parecía ser que la eliminación de la pobreza y de la escasez se había vuelto materialmente posible, pero que el modelo de crecimiento capitalista las perpetuaba de forma casi estructural. Las necesidades insatisfechas y la miseria no se debían ya a una penuria de recursos y de fuerzas productivas, sino al modelo capitalista de consumo y desarrollo. Por consiguiente, las posibilidades de liberación no dependían ya de un crecimiento constante de la producción de mercancías, sino de una transformación de la sociedad, de las políticas de desarrollo e incluso del modo de vida. Para destruir la hegemonía del capital no era posible, por lo tanto, seguir contando únicamente con las reivindicaciones salariales, cuantitativas. Es preciso que

las reivindicaciones materiales se vinculen indisolublemente a una concepción de la «positividad proletaria» —expresión forjada en 1961 por Lucio Magri—, es decir, con una concepción no capitalista de la cultura y de la vida, en la que el consumo individual y las relaciones comerciales ya no serían dominantes.

Se trataba, pues, de superar la «sociedad de consumo», sus desperdicios, su «siempre más» y lo que Bahro llamaría las «necesidades de compensación»; y eso suponía evidentemente que se atacaran las necesidades de compensación en su raíz. Y la raíz era y sigue siendo la parcelación del trabajo que mutila y embrutece a las personas, destruye su sentido de autonomía y las vuelve manipulables en tanto que individuos atomizados: en tanto que consumidores. Como escribía Bruno Trentin en 1962, «el consumidor alienado es el individuo que refleja en sus necesidades de consumo su enajenación como agente de la producción».

Buena parte de los temas que, más tarde, serían los del movimiento ecologista estaba ya contenida en la crítica que yo desarrollaba entonces del modelo de crecimiento capitalista, de su tendencia a la maximización, de su destrucción del medio de vida, de la desposesión de las personas por expertos que pretendían conocer mejor que nosotros mismos nuestras «verdaderas» necesidades. La alternativa socialista, como la llamábamos entonces, debía apoyarse en el desarrollo de los equipos y de los servicios colectivos, de las asociaciones cooperativas de ayuda mutua y de autoproducción. Por lo demás, ahí están los más clásicos objetivos del movimiento socialista.

Lo que me impresionaba más particularmente en los sindicalistas italianos era su forma de vincular las reivindicaciones económicas con la lucha por la autodeterminación en los centros de trabajo y por la transformación del modelo de desarrollo y de consumo. Era una estrategia soberbia que finalmente tuvo que ser abandonada hacia 1980 y que ha perdido su validez en las condiciones actuales.

P. Glotz: ¿Acaso esta línea no fue otra cosa que un objetivo puramente intelectual de ciertos dirigentes de la CGIL y de la CFDT? ¿Es que la orientación del movimiento sindical francés e italiano ha cambiado hasta el punto que se pueda hablar de un cambio de estrategia? A finales de los años 60 usted esperaba todavía que al menos una parte del proletariado europeo lograría transformar ese capitalismo. Actualmente, por el contrario, habla usted de «adiós al proletariado».

A. Gorz: No ha habido cambio de estrategia sino derrota estratégica. Sin ser siempre la de toda la CGIL y de toda la CFDT, la estrategia de la que hablamos era por lo menos la de la FIOM (Federación de asalariados de la metalúrgica, afiliada a la CGIL), luego de la FLM, de ese sindicato unificado de los metalúrgicos que Trentin y Carbiti construyeron y que fue política y sindicalmente hegemónico durante los años 1960 y 1970. No se trataba ya de un sindicato clásico, sino de un movimiento político de masas, capaz de negociar no sólo con la patronal sino también con el gobierno y con los partidos. No estaba implantado únicamente en las industrias sino también en los barrios y las comunas. No representaba solamente los intereses de los trabajadores en cuanto tales, sino también sus intereses y sus necesidades en cuanto habitantes de un barrio, en cuanto portadores de una cultura, en cuanto personas que quieren algo más que televisión durante su tiempo libre, etc. Los convenios colectivos desembocan así, entre otras cosas, en la política de desarrollo y las inversiones en el Mezzogiorno, la implantación de empresas en las regiones de alta tasa de desempleo, el manejo de las condiciones y de los puestos de trabajo, la política de reclutamiento, etc. Hasta el repentino hundi-

miento de la FIAT desfilaron en Turín para protestar contra una huelga organizada por el sindicato para impedir el despido de catorce mil obreros. Para mí, el que una estrategia sea victoriosa o no, no es lo que cuenta en primer lugar. Yo no funciono de esta manera.

P. Glotz: Pero nosotros estamos muy obligados a funcionar así.

Reducir la duración del trabajo

A. Gorz: Quiero decir: no podemos conformarnos con objetivos realizables a corto plazo; sin esto no superaremos jamás el horizonte de las condiciones existentes. Es preciso más bien partir de objetivos a largo plazo capaces de traducir en liberación efectiva las potencialidades de liberación que implica un desarrollo ya en curso. Ahora bien, los objetivos perseguidos hasta entonces por el movimiento sindical italiano se convirtieron repentinamente en puntos muertos. Resulta tanto más significativo el que ese movimiento hubiera logrado obtener todo lo que un movimiento sindical puede soñar con obtener: la escala móvil, la garantía de empleo, los delegados de taller y de cadena, un derecho laboral envidiable, permisos culturales, poderes de control obrero y de negociación muy amplios, etc. Hizo todo lo preciso, en suma, para revalorizar el trabajo obrero y hacer aceptable la condición obrera. Y fue eso, finalmente, lo que condujo a su derrota.

Inicialmente, en efecto, tanto en Italia como en Francia los temas impulsores de las luchas obreras en los años 70 tenían dos componentes: la liberación *en* el trabajo —es lo que se llamaba, en Francia, la reivindicación autogestionaria— y la liberación *del* trabajo. La dialéctica de estos dos temas era más compleja de lo que se pensaba. Cuando los obreros exigían la liberación *del* trabajo, no era simplemente porque el trabajo no fuese bastante libre, bastante «autogestionado». *Al contrario:* allí donde habían conquistado poderes de «autogestión», de autodeterminación en el trabajo era donde, muy pronto, tenían tendencia a dar un paso más en el sentido de la radicalización, por el «rechazo al trabajo». Los más radicales eran los jóvenes obreros de la primera generación que habían crecido en un medio rural de artesanos y campesinos libres: jóvenes emigrados meridionales, en Italia; obreros del Mans, de Caen, de Saint-Brieur, en Francia. No podían soportar ser mandados, hacer siempre lo mismo, a horas fijas, y la apropiación obrera de los medios de producción, la autogestión de la fábrica les parecía, cuando la encaraban prácticamente, como un nuevo peligro: iban a convertirse en autogestionarios de su prisión, de su enrolamiento. Esta es una de las cosas que quise mostrar en *Adiós...*; a menos que se dé una redefinición completa del aparato de producción, de la división del trabajo, de las formas de cooperación productiva, la autogestión del proceso de producción es tan imposible como la apropiación del ejército por parte de los soldados: eso no puede ser más que una añagaza. Mientras que la liberación *del* trabajo pertenece al dominio de la experiencia vivida.

Ahora bien, el sindicato, en aquella época, no supo adueñarse de esta dimensión para mediatizarla, traducirla en objetivos de acción. Abandonó ese terreno a los grupos izquierdistas que hacían del «rechazo al trabajo» una consigna inmediata. El sindicato se concentró en lo que es negociable —la liberación *en* el trabajo— y prefirió ignorar lo que consideraba como una demanda no negocia-

ble, primitivista: la liberación *del* trabajo: Descubriría su error, en Italia, pero demasiado tarde.

La patronal, en efecto, reacciona al establecimiento de un poder sindical sin precedentes con una especie de retirada elástica: hace el vacío en torno a los centros de poder obrero, de las grandes fábricas. Estas no contratan más, dejan de envejecer y consumir sus efectivos, impulsan la creación de millares de pequeñísimas unidades periféricas, descentralizadas, que hacen trabajar a una mano de obra esencialmente joven, precaria, mal pagada y sin contratos, con horarios del siglo XIX. Ahí tenemos muy rápidamente una segmentación, una dualización del mercado de trabajo, con, de un lado, los trabajadores estables, sindicalizados, protegidos por las grandes unidades, y por otra parte la masa creciente por los precarios, los parados, los jóvenes en busca de pequeñas chapuzas. Los sindicatos de industria, centrados en las grandes unidades, se convierten así objetivamente, con el aumento del desempleo, en organizaciones casi corporativistas que no representan más que una fracción privilegiada y decreciente de trabajadores de edad madura.

Esta segmentación de las clases asalariadas —mucho más compleja todavía en Italia— es la que acaba por volverse contra el sindicato, especialmente en el verano de 1970 en la FIAT, donde una minoría importante de obreros se conducen como *propietarios* de un empleo y, unidos a una mayoría de oficinistas, aceptan el despido de 14.000 camaradas suyos, en la esperanza de que esta purga garantizará los empleos que quedan. Y así encontramos, en el referéndum realizado algunos años más tarde, una mayoría de votos contra el mantenimiento de la escala móvil que, finalmente, protege sólo a la capa privilegiada de los trabajadores estables de las grandes empresas y no impide la sobreexplotación, en los talleres de subcontratación, de una masa de precarios, ni el aumento del paro.

Resumiendo, el sindicato, en tanto organización de defensa *del trabajo* y de los trabajadores, ha alcanzado sus límites a la vez políticos, económicos e ideológicos. En presencia de una revolución técnica que reduce masivamente la cantidad de trabajo necesario, la liberación *en* el trabajo es un callejón sin salida si no va conjugada con una liberación *del* trabajo, es decir, con una política ambiciosa de reducciones generales y planificadas de la duración del trabajo.

P. Glotz: Ese era el sentido de la lucha emprendida, en 1984, por la IG Metall, por la semana de 35 horas.

A. Gorz: Sí, esa fue una lucha ejemplar. Actualmente, lo que me interesa en la reivindicación de una reducción sustancial de la duración del trabajo es el aspecto siguiente; esta reivindicación, que es estratégica y políticamente decisiva, supone que las personas no se identifiquen totalmente con su empleo, que tengan otros centros de interés distintos a su oficio, que posean una cierta autonomía existencial. Ahora bien, en las condiciones actuales la mayoría no puede adquirir esta autonomía o experimentarla sino fuera de su trabajo asalariado: bien sea antes de su ingreso en la vida activa, bien por actividades voluntarias en el marco de asociaciones, de grupos, de iglesias, de organizaciones sindicales o políticas, de cooperativas, etc. Y esto me trae a un punto que Kern y Schumann, en su obra³, manifiestamente no quieren admitir: a saber, que solamente las personas que ya han tenido la experiencia de su autonomía posible están dispuestas a luchar por su liberación *en* el trabajo tanto como *del* trabajo asalariado.

Se trata de un punto importante, puesto que determina nuestra elección de prioridades. Si, a la manera de Kern y Schumann, postulamos que la autonomía existencial *presupone* una mayor autonomía en el trabajo, entonces, a mi juicio, no llegaremos nunca a nada. Pues para transformar las condiciones y las relaciones de trabajo en el sentido de una mayor autonomía de los asalariados hacen falta meses y años de luchas «articuladas», como dicen los italianos, decididas y conducidas por la base, de luchas que exigen mucha perspicacia, imaginación y autodisciplina y que, por lo tanto, no pueden ser asumidas más que por personas que ya han tenido una experiencia de su autonomía.

¿Dónde pueden haberla adquirido? Casi siempre en su vida fuera del trabajo. Por eso es que, a mi parecer, hay que invertir las prioridades de Kern y Schumann: la lucha por una mayor autonomía en el trabajo supone una mayor autonomía existencial y ésta depende en primer lugar —pero no únicamente— de una reducción de la jornada laboral. Las luchas para obtener esta reducción son relativamente más fáciles de organizar y además pueden ser favorecidas o incluso precedidas por decisiones del gobierno o de las administraciones y servicios públicos.

El éxito de una reducción sustancial (evidentemente sin pérdida del poder adquisitivo) de la duración del trabajo y su esfuerzo liberador dependen en gran parte de las posibilidades que los sindicatos, pero también las comunas, las asociaciones, las iglesias, etc., ofrecen a sus miembros para permitirles organizar por sí mismos su estilo de vida y la forma como desean satisfacer sus necesidades individuales y colectivas. Dicho de otra forma, la lucha sindical no podría limitarse ya a los centros de trabajo; la izquierda, el movimiento obrero, deben reflejar la totalidad de las aspiraciones e intereses humanos, en particular en el terreno cultural, social y no simplemente los intereses materiales. Oskar Negt tuvo razón al subrayarlo ⁴.

Solidarizar trabajadores y no trabajadores

P. Glotz: Quisiera intentar regresar a los problemas estratégicos que son de la mayor importancia para nosotros los hombres políticos, aunque admito que usted mismo, en cuanto observador y filósofo, no desee ver las cosas con los anteojos del funcionario.

A. Gorz: No me gustan muchos los funcionarios.

P. Glotz: Pero yo soy uno de ellos.

A. Gorz: En absoluto. Usted es un «intelectual orgánico».

P. Glotz: Cuando, en vez de basarse en las transformaciones graduales que podrían obtenerse dentro del mundo del trabajo, en y por el trabajo, y también con la ayuda de los cuadros sindicales, se cuenta con la aparición de un no-proletariado que, engendrado por las modernas técnicas, no será ya anestesiado por ningún trabajo; entonces yo temo que esta especie de dualización conduzca a un antagonismo de clase espantoso, tanto psicológico como político, entre quienes tienen un trabajo y aquellos otros que de alguna manera estén dispensados de él por anticipado. Esto provocará enfrentamientos políticos terribles en el seno mismo de las capas social y económicamente marginadas, y yo temo mucho que

las capas que detentan el poder económico puedan aliarse entonces con los trabajadores organizados y disciplinados por su trabajo para formar un frente común contra las nuevas capas de los excluidos del trabajo. A menudo, cuando hablo con obreros, constato que sobre todo los más calificados cultivan prejuicios del tipo: «Los parados son inútiles que no quieren trabajar». El prejuicio contra quienes viven de modo diferente está profundamente arraigado hasta en la clase obrera organizada. Y por eso me pregunto si no necesitaríamos organizar un movimiento general que, por etapas sucesivas, imponga la semana de 38 horas, de 35 horas, quizá de 32 horas para todo el mundo. Solamente un movimiento continuo de luchas de este tipo puede restablecer la solidaridad e impedir los espantosos enfrentamientos de clase en el seno de la clase obrera.

A. Gorz: Estoy totalmente de acuerdo con su análisis. Yo solamente me pregunto por qué usted me atribuye una tesis que no es mía. Es precisamente para evitar una dualización de la sociedad que tenga de un lado una élite del trabajo, y del otro lado una masa de parados y de semiparados dedicados a «pequeñas chapuzas», que hace falta, a mi juicio, una reducción tan sustancial de la jornada laboral que las actividades asalariadas dejen progresivamente de ser el centro de nuestra vida y el único camino de integración social. Esos a quienes llamo una «no-clase de no-trabajadores» no son marginales ni parados, sino personas para quienes su trabajo *asalariado* no es ya la fuente de su identidad ni de su sentimiento de pertenencia social. Si observa usted esos famosos sondeos sobre la evolución de la actitud frente al trabajo ⁵, comprobará que esas personas son ya la mayoría: quieren que el trabajo se ajuste a la manera como ellos eligen vivir, y no a la inversa. Pues, para decirlo en el lenguaje de Habermas, gran parte del trabajo no sirve a los objetivos definidos por un consenso, sino las exigencias sistemáticas de la máquina económica, exigencias que no pueden ser interiorizadas por los trabajadores como su tarea propia y cargada de sentido. Todos esos ideólogos de la empresa que glorifican a éstas como un lugar de desarrollo individual y de creación cultural, hacen como si la sociedad no tuviera necesidad más que de individuos autónomos con competencias personalizadas, como si en los bancos, las administraciones, los servicios postales, las centrales eléctricas, los centros de asistencia, las industrias —incluidas las industrias de la microelectrónica— no hubiera una mayoría de personas agotadas y que se aburren mortalmente aunque con frecuencia su trabajo sea calificado.

En cuanto a los efectos de la reducción de la duración del trabajo, hay interesantes monografías francesas que confirman lo que usted escribe en su *Manifiesto para una nueva izquierda europea*: a saber, que «el trabajador que no está ya embrutecido por el trabajo exige su emancipación completa». Pienso especialmente en los escritos de un obrero de la industria del calzado, Charly Boyadjian ⁶, que relata lo siguiente: «Mientras las personas trabajaban 48 horas por semana, no había ni vida familiar ni vida sindical ni comunicación entre los obreros. Todo estaba centrado en el consumo. Pero a medida que la jornada laboral se redujo a 32 horas, la vida de familia o amorosa recuperó su importancia, la sección sindical se volvió activa, los obreros se encontraban fuera del trabajo, descubrían que podían vivir mejor incluso gastando menos y se preguntaban cómo podrían hacer su trabajo más soportable».

En la actualidad no hay que creer que la duración del trabajo no deba ser reducida más que para las tareas poco calificadas y sin gran interés. Semejante enfoque no contrarrestaría la tendencia a la dualización: estarían, de un lado, las élites profesionales que monopolizarían las posiciones de poder políticas, sindi-

cales y económicas; y del otro lado los trabajadores de tiempo parcial, periféricos, de empleos precarios, marginados por los primeros. Si tantas personas como sea posible deben tener acceso a las tareas interesantes, creativas, es preciso que la jornada laboral se reduzca tanto como las demás actividades. No son los talentos, las capacidades ni las posibilidades de formación lo que falta en nuestro país. El problema es puramente político. Como escribió usted en su *Manifiesto*⁷, se trata de crear una alianza en la cual los «fuertes» —especialmente la capa protegida de los trabajadores calificados— se encuentren unidos por lazos de solidaridad con los «débiles», es decir, con los parados, los jóvenes y los trabajadores precarios. Esta alianza va evidentemente contra el interés inmediato de las élites profesionales y de la aristocracia obrera, pero eso no tiene nada de nuevo: entre las diversas capas obreras jamás ha podido existir unidad más que superando los intereses inmediatos de unos y otros mediante un proyecto político, de sociedad, hacia aquello que no tememos llamar un «ideal común», a saber: la liberación de todos y el desarrollo de cada uno. Tenemos una urgente necesidad de esta clase de visión. Creo que estamos de acuerdo en esto.

P. Glotz: En nuestro sindicato se comienza también a reflexionar sobre la mejor manera de organizar a los parados de larga duración. Algunos sindicatos, por ejemplo, han modificado sus estatutos de forma que los parados puedan, después de su despido, seguir militando en su organización y que incluso los jóvenes parados que todavía no han trabajado nunca puedan afiliarse al sindicato. Hay ahí un esfuerzo evidente para traspasar al plano político los intereses corporativos de los detentadores de un empleo. Jóvenes dirigentes sindicales como Franz Steinkühler⁸ son conscientes del problema y tratan de hacer adoptar un nuevo enfoque. Así pues, hay un trabajo de reflexión en el seno de la DGB.

Tilman Fichter: Sin embargo, a pesar de la amplitud del paro, la DGB muestra una falta asombrosa de imaginación práctica frente al problema del paro de los jóvenes. Vivimos con este problema desde hace más de diez años. Sin embargo, no existe prácticamente ningún programa para organizar el trabajo sindical fuera de las empresas.

A. Gorz: ¿Estamos, pues, de acuerdo en que el sindicato debe salir de la empresa? ¿Qué debe estar presente allí donde las personas viven y habitan?

Progreso de la productividad y perspectiva de empleo

P. Glotz: Eso es absolutamente exacto. Debe penetrar en el dominio de la reproducción. Pero también debe ocuparse de otros temas: por ejemplo de la paz, de la ecología y de la cultura. No debe ocuparse todo el tiempo únicamente de las cuestiones del salario. Hay ahí una batalla que se está planteando actualmente en la República Federal de Alemania. Yo estoy profundamente convencido de que personas como Franz Steinkühler y Monika Wulf-Mathis⁹ son perfectamente sensibles a este aspecto.

A. Gorz: Así pues, usted no se horroriza cuando digo que la empresa ya no es el único terreno de lucha.

P. Glotz: Es completamente evidente pero se trata también de una cuestión que sigue siendo vivamente discutida en el seno del SPD. Incluso se hicieron algunas tentativas para completar nuestras secciones sindicales con secciones de em-

presas. Esta forma de organización era tradicionalmente la del Partido Comunista Alemán. Pero este modelo de organización no logró imponerse en el SPD; esto es comprensible, porque la experiencia nos muestra que la empresa, la vida cotidiana en la empresa, pierde cada vez más claramente su influencia sobre la personalidad de los trabajadores. Hay ahí una evolución que inquieta mucho a cierto número de nuestros camaradas, puesto que implica con toda evidencia un debilitamiento o una pérdida de poder.

Ahora me gustaría preguntarle a André Gorz, en tanto que analista del cambio técnico y de las luchas obreras, cuáles son a su juicio las perspectivas prácticas. ¿Cuánto tiempo hará falta —teniendo en cuenta las evoluciones de la informática, de la microelectrónica, de las nuevas tecnologías— para que las grandes naciones industriales de Europa puedan considerar el paso a la semana de 32 horas, por ejemplo? Puesto que cuando estemos próximos a las 30 horas semanales, eso que usted llama la autonomía existencial será una posibilidad mucho más real que mientras trabajemos cuarenta o cincuenta horas. ¿Cuántas décadas de luchas sindicales y de desarrollos técnicos se necesitarán, según usted, para que lleguemos a ese punto?

A. Gorz: Creo que se trata de una cuestión esencialmente política. El incremento anual de la productividad, para la economía francesa en su conjunto, es del 3,7 %, en promedio, desde 1977...

P. Glotz: En la República Federal apenas del 3 %.

A. Gorz: ...y eso aunque los bancos y las aseguradoras, por ejemplo, conservan un efectivo excedente de aproximadamente 15 %. El crecimiento económico, en Francia, no alcanza ni siquiera el 1,5 % anual. Tenemos, pues, una productividad disponible de aproximadamente el 2,5 % por año, lo cual significa que, teóricamente, podríamos reducir la duración del trabajo un 2,5 % cada año sin por ello reducir el paro. Según un cálculo del INSEE, la generalización de la semana de 30 horas en 1994 dejaría subsistir todavía una tasa de desempleo del 8,4 %. Desde un punto de vista puramente técnico podríamos adoptar el objetivo de la semana de 20 horas —o mejor aún: del año de 1.000 horas— para el año 2000 ó 2005.

Las condiciones para alcanzar este objetivo son esencialmente políticas: hace falta una política cultural y de formación, una política del tiempo, una política económica. La política cultural y educativa deberían tener una doble finalidad. Por una parte, deberían dotar a los individuos de una autonomía cultural suficiente para que posean en sí mismos la fuerza y los medios para evolucionar, plantearse sus propios fines, elegir sus actividades, asumir tareas colectivas en cooperación voluntaria con los otros, en resumen, para que su socialización y su identidad ya no dependan del trabajo que se les prescribe o por el que se les paga. Esto supone especialmente una reforma pedagógica sobre la cual la reflexión y la experimentación están mucho más avanzadas entre ustedes que en Francia. Por otra parte, la política educativa y de formación debería conducir a que una proporción de personas mucho más elevada que hoy asuma tareas muy calificadas, incluyendo funciones dirigentes. Me parece absolutamente necesario, políticamente, que todo el mundo —incluyendo los administradores, los investigadores, las profesiones llamadas liberales— trabaje menos pero mejor y que la reducción de su jornada de trabajo vuelva esas actividades interesantes y apasionantes accesibles a muchas más personas. Como ya dije antes, no son las vocaciones ni las

capacidades lo que falta sino los empleos en donde esas capacidades puedan desplegarse.

Si no reducimos la jornada de trabajo más que para las tareas poco calificadas, y los profesionales de todo tipo siguen trabajando cuarenta horas o más, jamás podremos superar la tendencia a la dualización de la sociedad: el poder de aquellos y aquellas que acaparan las tareas interesantes y de responsabilidad seguirá creciendo y el poder de todos los demás seguirá disminuyendo. También por eso es que no estoy de acuerdo con usted cuando, en su *Manifiesto*, propone una diferenciación de las jornadas de trabajo. Eso vendría a segmentar el mercado del trabajo. Lo que necesitamos, a mi parecer, es una transferencia continua de personas activas desde los sectores en donde la productividad crece rápidamente hacia aquellos en donde crece lentamente o no crece en absoluto. Todas las grandes firmas poseen en materia de productividad sus previsiones y sus planes a mediano plazo. Pero casi siempre se trata de secretos de empresa celosamente guardados. La planificación económica consiste precisamente en transformar todas esas previsiones privadas y todos esos programas en planes que sean su resultado, sector por sector, incluyendo las administraciones y los servicios públicos, en un plan económico general. Así se tendrá la base para negociar acuerdos-marco y convenios colectivos, políticas del tiempo, de la formación, del empleo, etc. Hay cosas ahí que no solamente se hacen en la RDA; eso se hizo durante largo tiempo en Francia, con la participación de representantes del Estado, de los sindicatos y de los usuarios, y eso se practica en ciertos aspectos en las grandes firmas norteamericanas, en Japón, en Corea del Sur, etc.

Para que la reducción general y sustancial de la jornada de trabajo no implique una reducción del poder de compra es necesario, a mi juicio, no aumentar continuamente el precio de la hora de trabajo —eso volvería muchos servicios e incluso productos alimentarios prohibitivamente caros— sino compensar la disminución del salario directo con el pago de una renta social, asegurando la caja que ese pago sea alimentado por tasas diferenciadas según el tipo de producto. Ya he explicado esto repetidas veces ¹⁰, por lo que no me extenderé más.

En cuanto a los trabajos que no pueden ser eliminados aunque sean espantosamente aburridos o desagradables, lo mejor será repartirlos entre todo el mundo. Por ejemplo, la clasificación o el mercado electrónico del correo, la limpieza de talleres y oficinas, etc., pueden ser realizados por todo el personal. Diez minutos diarios bastarán si todo el mundo participa, y ya no hará falta el trabajo nocturno de los parias sobreexplotados que actualmente realizan esas tareas. Lo mismo puede decirse de trabajos como la recolección de verduras: repartidos entre todo el mundo, tomarían al máximo dos o tres días por año. Ese tipo de servicio no sería muy diferente de los «cursos de repetición» para los que cada suizo da al menos una semana anual al ejército.

En resumen, considero la semana de 20 horas o el año de 1.000 horas una posibilidad realizable a condición de que no falte la voluntad política.

Enajenación y humanización del trabajo

P. Glotz: Estoy de acuerdo con usted en que la introducción de una jornada de trabajo reducida es una decisión política. Pero difícilmente puedo compartir su idea futurista y antielitista sobre la participación de los administradores en la

recolección de verduras. Y esto especialmente porque sería como tirar piedras a mi tejado. Si soy partidario de una diferenciación de las jornadas de trabajo es porque es extraordinariamente difícil hacer adoptar una sola y misma estrategia a los sindicatos de la metalurgia, de la química o de los servicios públicos. Recuerde usted, por ejemplo, cómo el movimiento sindical se dividió recientemente en partidarios de una reducción de la duración hebdomadaria del trabajo y partidarios de un adelantamiento de la edad de jubilación. La dirección de la DGB tenía evidentemente que evitar una lucha abierta entre los diferentes sindicatos. Por lo tanto, tuvo que elaborar una estrategia que tiene en cuenta la diversidad de intereses. Evidentemente, todo esto no debe impedirnos reflexionar en los objetivos a más largo plazo.

Estoy expresamente de acuerdo con usted en que la cuestión de saber si los sindicatos y la izquierda deben empeñarse del todo en la reducción de la jornada de trabajo brota de una decisión política. Igual que se precisa una decisión política para acompañar esta política de la duración de la jornada con una nueva política educativa y cultural. Sólo gracias a ella los hombres y mujeres conquistarán su autonomía existencial. Ante todo, el socialismo fue, en sus comienzos, una especie de movimiento cultural. En Alemania, por ejemplo, todo comenzó con asociaciones de cultura obrera. Con el tiempo el movimiento obrero se ha alejado mucho de esas prácticas iniciales y aparece a menudo actualmente como una gran máquina que organiza las reivindicaciones salariales y hace prevalecer intereses materiales bien determinados. Las cuestiones culturales son frecuentemente desdénadas en la cima de los sindicatos y de los partidos. Y los mismos trabajadores forman parte de nuestro problema. En primer lugar habría que atraerlos a esta especie de estrategia. Pues cuando se discute la cuestión, en las empresas, de si hay que exigir más dinero o menos trabajo, muchos camaradas optan por un aumento de los salarios.

A. Gorz: Es completamente normal que cerca de la mitad de las personas interrogadas se pronuncien todavía en ese sentido. Eso no cambiará sino cuando seamos capaces de ilustrar lo que significa no trabajar más que mil horas al año sin dejar de tener un ingreso real al menos igual al actual y disponiendo de equipos colectivos, en especial en los barrios, gracias a los cuales uno mismo pueda hacer, individualmente o en cooperación, muchas cosas que actualmente uno está obligado a comprar a terceros. El valor de uso del tiempo de trabajo podrá entonces ser mucho más elevado que su valor de cambio, es decir, que el poder de compra de lo que se podría ganar trabajando más horas, sin hablar del placer de hacer las cosas uno mismo, de cooperar voluntariamente con otros, de ayudarse mutuamente. No superaremos la preponderancia de las categorías económicas en la forma de pensar, la monetarización de todos los valores, más que si podemos «ilustrar positivamente otra forma de vivir y de trabajar». Fue Rainer Wagner¹¹ quien escribió eso en su revista, añadiendo que tenemos una urgente necesidad de «concepciones e ilustraciones» alternativas si queremos evitar una sociedad dividida en dos, en la cual un tercio de los ciudadanos estarán marginados.

Esta es también la razón por la cual encuentro nefasta la insistencia de personas como Kern y Schumann sobre el valor del trabajo *asalariado* en cuanto fuente única de identidad personal y de integración social. Parece que esas personas han olvidado que, en la mayor parte de los casos, el trabajo asalariado ya no puede ser comprendido por el sujeto como su actividad propia y como una realización suya. El hecho de que el trabajo exige bastante inteligencia e iniciativa, y que la división del trabajo dentro de la empresa está parcialmente abolida, no cambia

fundamentalmente su carácter abstracto y alienado. Pues la división del trabajo subsiste a la escala de la sociedad y el asalariado, por más absorbente que sea su tarea, por lo general desconoce su finalidad y su sentido. El trabajo puede ser humanizado, la enajenación en relación a los medios de producción puede ser suprimida en gran medida, la enajenación del producto y del sentido del trabajo no por ello se elimina. Si, en vez de desplazar la socialización del individuo, su identidad personal hacia la esfera cada vez más importante de las actividades no económicas y no comerciales —lo que actualmente debería ser la gran tarea cultural de una nueva izquierda— nosotros seguimos insistiendo en la identidad que cada uno y cada una deben derivar de su trabajo asalariado, entonces no debemos asombrarnos de que los sindicalistas defiendan sus fábricas ultrapolucionantes contra los ecologistas, que los *hard hats* —los obreros de la construcción— neoyorkinos se manifiesten contra los neopacifistas o que los obreros de los arsenales hagan huelga (eso se ha visto también en Francia) contra la reducción de los programas militares. Si nosotros no ofrecemos una perspectiva que relativice a los asalariados y los oficios determinados por la división social del trabajo, entonces no debemos extrañarnos si muchas personas acaban por aceptar un día la economía de guerra o un Estado nacionalsocialista que, después de todo, aseguró a millones de ingenieros, técnicos, investigadores y obreros calificados la posibilidad de ejercer su oficio, cosa que ellos —si puede decirse sin ironía— llevaron a cabo muy concienzudamente.

T. Fichter: ¿No encuentras que hay ahí un argumento francamente exagerado? A mi parecer, todo obrero que no fabrica abiertamente una máquina de guerra, sino por ejemplo tranvías, tiene derecho a exigir que los sociólogos tomen en cuenta igualmente los aspectos de su identidad personal que resulten de la construcción de coches de tranvía. Después de todo, esos medios de transporte son el producto de su trabajo. Y ese trabajo, además de ser útil, ocupa gran parte de su vida. Yo encuentro fascinante que un teórico del trabajo de formación marxista condene tan sumariamente el trabajo.

A. Gorz: Pero olvidas que la cuestión que se nos plantea es: ¿qué haremos cuando la construcción de un tranvía exija la mitad de trabajo que ahora? ¿Cuál será entonces nuestra fuente de identidad? Por otra parte, tú no quieres ver más que el taller donde se montan los vagones de los tranvías y encuentras el trabajo que ahí se hace cargado de un sentido inteligible. Pero la fabricación de las piezas que se montan en el taller de montaje representa el 90 % de todas las horas de trabajo que exige la construcción de un vagón. Y esas piezas —fundición, chapa, aluminio, cristales, motores eléctricos, sistemas de frenos, rodamientos, etc.— salen al menos de una docena de industrias. Para las personas que fabrican todo eso el sentido de su trabajo es por lo menos oscuro. Y eso porque nuestra civilización —ahí está la fuente de nuestra riqueza— consigue conjugar conocimientos de los que los detentadores no comprenden gran cosa a los conocimientos de otros. Una simple bicicleta contiene más conocimiento de los que un individuo, o incluso mil individuos reunidos, pueden dominar. De ahí una necesaria división social del trabajo que impide a la mayor parte de los obreros comprender el sentido y el propósito de lo que hacen. Se puede reducir esta opacidad pero no es posible eliminarla. Lo que yo llamaría «heteronomía» y que Habermas llama «sistema» y «conducta funcional» no puede nunca desaparecer completamente. Para reducir la esfera de las actividades heterónomas, funcionales, a fin de que no dominen nuestra vida, es preciso que sepamos retroceder críticamente con respecto a ellas. Si, en vez de esto, insistimos por el contrario en la dignidad de nuestra especialización funcional, eso vuelve a reivindicar, en nombre del valor intrínseco del oficio, el derecho a un profesionalismo limitado e irresponsable.

T. Fichter: Hace apenas una hora tú hablabas aún de las tradiciones artesanales en el sur de Italia para demostrar cuán importantes fueron, a fines de los años 1960, para los italianos meridionales que trabajaban en las industrias del norte. Eso también forma parte de la cultura obrera. La cultura de los obreros profesionales tiene su fundamento en un saber artesanal.

A. Gorz: Tú no puedes, sin embargo, confundir la cultura del trabajo en actividades artesanales, en donde uno mismo determina su producto, y un trabajo determinado por la división del trabajo a escala de toda la sociedad.

¿Volver a los objetivos originales del movimiento obrero?

P. Glotz: Nuestra vida es limitada. Las cuestiones que usted plantea pueden parecerme legítimas en tanto que orientaciones, pero de todos modos me hace falta una perspectiva práctica sobre la cual yo pueda organizar una lucha que imponga la semana de treinta horas en los diez, quince o veinte años por venir. La enajenación del trabajo no dejará de subsistir. Aunque el obrero no pase más que treinta horas por semana ante una máquina de control numérico, la alienación subsiste, él no puede hallar en su trabajo su plena realización. La semana de treinta horas no deja de ser un objetivo sindical realista y, mientras perseguimos este objetivo, debemos hacer de manera que el obrero pueda, fuera de sus treinta horas de trabajo, vivir en el seno de la sociedad de una manera conforme a la idea de autonomía existencial.

Como la abolición completa del trabajo no constituye, en nuestros días, una posibilidad real, la condena sumaria del trabajo tiene como efecto eliminar todo recurso a los objetivos de lucha sindical de los que hablábamos. Horst Kern y Michael Schumann se plantean, como consecuencia, orientaciones a mucho más corto plazo. Dicen: luchemos en las grandes empresas para que la introducción de máquinas electrónicas vaya a la par con condiciones y relaciones de trabajo aceptables. Hay ahí, a mi juicio, un objetivo intermedio razonable, a condición de añadir enseguida que el trabajo que quede no permitirá todavía el desarrollo de todas las facultades humanas. ¿O me equivoco?

A. Gorz: No, eso está bien dicho. Estoy de acuerdo con su forma de presentar las cosas. Debemos avanzar en dos frentes a la vez: de un lado humanizar el trabajo —es decir, organizarlo de manera que no sea embrutecedor y permita comunicación y autodeterminación— y por otra parte tomar con relación a él la distancia que permite la liberación del tiempo y que hace esta liberación deseable. El objetivo no puede ser nunca más que «la expansión integral de la individualidad» —esta es la expresión empleada por Marx, por más que actualmente tenga una resonancia típicamente cristiana— lo que supone que cada uno tenga la posibilidad de ser activo en varios planos a la vez y, por consiguiente, que la duración de la jornada de trabajo se reduzca en beneficio de actividades que, según la fórmula de Marx, «son ellas mismas su propio fin». Ahora bien, no pueden ser ellas mismas su propio fin más que si no son necesarias a la subsistencia, ni utilitarias, ni comerciales, es decir de finalidad lucrativa. Se trata pues de actividades culturales y artísticas de todo tipo, de actividades de relación, de todas las formas de servicio —del medio de vida, del paisaje, de los niños, etc.— cosas todas ellas que no tienen nada que ver con la racionalidad económica y en las que se puede hallar placer a condición de no ser obligado y de poder tomarse el tiempo necesario. La preponderancia de actividades no económicas en relación al trabajo económica-

mente necesario ha sido en todos los tiempos, tanto en Platón como en Marx —y no solamente en las civilizaciones occidentales—, el objetivo de la humanidad. Pero no ha sido sino hasta nuestros días que la técnica hace ese objetivo potencialmente realizable.

P. Glotz: Hay ahí una perspectiva en la que estoy de acuerdo con usted; y creo también que la utopía del mismo liberado que usted desarrolla en *Los caminos del paraíso*¹² ofrece a las luchas sindicales una perspectiva mucho más amplia que el debate sobre una mejor repartición del trabajo entre parados y detentadores de un empleo.

Si examinamos desde esta perspectiva la sociedad francesa, alemana, italiana, ¿qué esperanzas o qué dudas le inspiran los sindicatos o los movimientos políticos existentes? ¿Cuenta usted sobre todo con los movimientos ecologistas como los «Verdes»? ¿O piensa usted que sus concepciones pueden arraigar en aquellas organizaciones obreras clásicas que están en vías de transformación? ¿Pero tal vez son éstas, para usted, cuestiones prácticas sin interés que deja a los funcionarios Peter Glotz o Bruno Trentin y acerca de las que recusa toda competencia?

A. Gorz: Yo no me siento en absoluto competente, pero el hecho de que Peter Glotz y yo lleguemos a entendernos en no pocas cosas me parece bastante estimulante. Lo que usted llama mi utopía no es en el fondo más que una versión actualizada de los objetivos originales del movimiento obrero —no simplemente de los utópicos como Fourier u Owen, o de los anarquistas rusos, sino muy particularmente de Marx. Marx previó que la técnica, y no ya el trabajo vivo, se convertiría en la fuente principal de la riqueza, la fuerza productiva principal, y que por consiguiente el tiempo de trabajo deberá dejar de ser la medida de la riqueza producida. Los criterios capitalistas, económicos, pierden entonces su racionalidad y su legitimidad. Ahí es donde hemos llegado ahora. El sentido y el fin de la producción no pueden derivarse ya de las exigencias vitales y de las necesidades, tenemos que elegir esos objetivos y decidir por nosotros mismos lo que queremos; si no, seremos arrastrados a nuestra perdición por el funcionamiento insensato de un aparato de producción autonomizado.

Por lo tanto, a mi juicio, es necesario que dentro del movimiento obrero, dentro de los partidos de izquierda, nos pongamos a reflexionar en formas de sociedad no capitalistas y no productivistas. En Francia todavía no hemos llegado a ese punto, pero en Italia, en España y particularmente en Alemania Federal la situación es mucho más prometedora. La creación de vuestra revista y el nivel de los debates que conducís, pero también el hecho de que se acepte en los sindicatos discutir de perspectivas «utópicas», todo esto es muy estimulante. El SPD es un viejo partido que dispone de un enorme capital teórico y humano, con personas como Erhard Eppler, Iring Fetscher, Peter Glotz, Johano Strasser, Klaus Traube¹³, etc. Cito, evidentemente, a aquellos de quienes me siento más próximo y naturalmente no soy tan ingenuo como para creer que el SPD, si llega al poder, gobernará conforme a las orientaciones que definen, por ejemplo, los textos de la Comisión de los Valores Fundamentales. Y también estoy convencido de que, sin el éxito y la influencia de los «Verdes» y de los nuevos movimientos sociales, el SPD no se habría abierto a una nueva temática o no se habría abierto sino mucho más lentamente. Por eso es que también espero que los «Verdes» no estarán ausentes del próximo Bundestag y que tampoco se convertirán en una especie de apéndice del SPD o de los funcionarios verdosos. No podrán conservar la influencia que han ejercido hasta ahora sobre las organizaciones tradicionales más

que si se mantienen como un movimiento autónomo, un laboratorio de ideas nuevas, y no se convierten simplemente en uno más de los componentes de la mayoría política. Encuentro muy lamentable que los «Verdes» vengan desde hace algún tiempo gastando sus mejores energías en luchas por el control de su aparato.

T. Fichter: ¿Crees que los sindicatos y la socialdemocracia podrían por su parte tener una influencia positiva sobre los «Verdes»? ¿Especialmente por lo que respecta a la consecuencia en las ideas y en la elaboración de una línea? Mientras todas las decisiones importantes corran peligro de ser cuestionadas de nuevo al cabo de veinticuatro horas por la misma instancia que las tomó, la falta de solidez política se hará sentir cruelmente. Dicho de otra manera: ¿no existe en los sindicatos y en la socialdemocracia un capital de experiencias políticas del que los nuevos movimientos sociales podrían aprovecharse?

A. Gorz: La colaboración orgánica con organizaciones de tanto peso como la DGB o el SPD ciertamente tendría un efecto estabilizador sobre los «Verdes» en cuanto a partido. Pero todavía no estoy convencido de que sea deseable que los «Verdes» se conviertan en un partido como los demás. Eso no facilitaría un relanzamiento ulterior del movimiento.

¿Qué política con el Este?

P. Glotz: Quisiera discutir aún otro tema. La cultura política de los franceses y la de los alemanes son visiblemente muy diferentes. Esta diferencia se manifiesta especialmente cuando tratamos de analizar los recientes cambios en la «intelligentsia» francesa. Es cierto que, a pesar del modernismo de los medios, las comunicaciones entre países a menudo son muy defectuosas. Estoy convencido, por ejemplo, de que André Glucksmann, que alcanza tiradas impresionantes en Alemania Federal, no tiene en Francia la importancia que le atribuyen entre nosotros muchos conservadores. Para ser franco, diría que eso me tranquiliza.

Para ilustrar mi argumento, quisiera recordar la controversia franco-alemana que siguió a la proclamación del estado de guerra en Polonia, en diciembre de 1941. Entonces se reprochó vivamente a la política de los socialdemócratas hacia el Este de favorecer demasiado las relaciones de Estado a Estado y de no tener suficientemente en cuenta la represión de los movimientos de resistencia y de las libertades fundamentales en la Europa del Este. Usted mismo declaró en una entrevista en *Spiegel*, en enero de 1982, que a todo lo largo de su historia les ha faltado a los alemanes una referencia cultural a la libertad. Los socialdemócratas alemanes, que concibieron la política con el Este, que la han impuesto y que actualmente elaboran una segunda etapa de la misma, ven evidentemente en esta clase de afirmación una crítica que les concierne directamente. Por eso desearía preguntarle si usted sigue todavía manteniendo esta afirmación: «No hay, en la historia alemana, referencia cultural a la libertad».

A. Gorz: Sí, en la historia de la nación alemana, pero evidentemente no en la de los pueblos de lengua alemana, la causa de la nación no ha estado nunca íntimamente ligada a la causa de la libertad. De una parte estaba más bien la causa de la nación, de otra parte la causa de la libertad. Mientras que para naciones como los Estados Unidos, Noruega, Checoslovaquia, Polonia, la causa nacional y la causa de la libertad eran una sola y misma cosa. En la entrevista con *Spiegel* declaré además a mi amigo Gustave Stern que la socialdemocracia alemana, pre-

cisamente en la medida en que se identificaba con la causa de la libertad, jamás tuvo una línea nacionalista sino muy frecuentemente internacionalista.

Dije todas esas cosas porque estaba impresionado por el desprecio con que la cuestión polaca era tratada en Alemania Federal. No me refiero aquí más que al clima intelectual que prevalecía entonces. Ya sé que, en el plano práctico, es mucho lo que se ha hecho entre ustedes para ayudar a los polacos y a Solidaridad. Pero en el debate intelectual —si exceptuamos a personas como Ursula Schmiederer, Martin Jander o Hinrich Oetjen¹⁴— se reprocha a los polacos, especialmente en los medios de comunicación, de ser lo bastante tontos como para arrojarse a ciegas contra el obstáculo. No es extraño, dicen, que el resultado fuera catastrófico.

P. Glotz: Yo no siento ninguna simpatía por aquellos que, confortablemente instalados en un país occidental, reprochan a los resistentes como Adam Michnik o a los opositores checos de la *Carta 77* por carecer de realismo o de prudencia. Pero, por otra parte, me opongo enérgicamente a los renegados o derechistas como Ludek Pachmann que, desde su refugio occidental, tratan de desestabilizar a la República Popular de Polonia o a la CSSR.

Si el general Jaruzelski no hubiera dado su golpe militar, no hubiera sido Lech Walesa, sino Brejnev, quien hubiera tomado el poder. Dicho de otro modo: el aparato soviético. He ahí la alternativa que hay que esforzarse por conservar presente. Una vez más yo me guardaré mucho de hacer recomendaciones a los movimientos opositores del Este. Pero, por otra parte, si sigo una política exterior responsable no puedo permanecer indiferente a la manera como un movimiento se desarrolla por allá. Voy a poner un ejemplo. Recientemente tuve una larga conversación con el portavoz del movimiento de oposición de un país del Pacto de Varsovia. Este me dijo: «Entre nosotros hay tres grupos: los reformadores comunistas como yo; algunos católicos que se oponen a la ideología comunista por razones religiosas, y luego están los que desean que una guerra nuclear estalle lo más pronto posible y haga saltar por el aire al conjunto de los dirigentes comunistas». Casi no hace falta decir que no quiero tener nada que ver con ese tercer grupo, ya que un enfrentamiento de esa clase no solamente haría saltar por los aires a las camarillas que dominan a este o aquel Estado de Europa oriental sino también a los millones de personas de Europa central. Por eso la exaltación de la libertad tiene sus límites en la política que, prácticamente, todos nosotros estamos obligados a llevar.

A. Gorz: Yo puedo entenderme con usted...

P. Glotz: Pero se supone que usted tiene que discutir conmigo...

Una segunda fase para la política con el Este

A. Gorz: Eso es lo que voy a hacer preguntándole para empezar por qué, en Checoslovaquia, ustedes privilegian a ese tercer grupo que no nació sino de la desesperación provocada por la invasión rusa. Es como si detrás de los movimientos democráticos filipinos o surcoreanos no quisiéramos ver más que a comunistas teledirigidos desde Moscú. A este propósito quisiera citar un pasaje del artículo de Horst Ehmke¹⁵ aparecido en el número de noviembre pasado de vuestra revista. En ese artículo Ehmke dice muchas cosas acertadas, pero afirma también

lo siguiente: «Muchos no comunistas de los países del Este convienen en que no puede haber seguridad para sus países más que si pueden apoyarse en la Unión Soviética». Perfecto. Tenemos pues en los países llamados comunistas de Europa una opinión pública que, aunque no fuera más que por razones puramente nacionales, no desea romper sus lazos con la Unión Soviética, aunque sí desee desembarazarse de su Estado policíaco. Igual que nosotros mismos deseamos poder seguir apoyándonos en los Estados Unidos, aunque deseemos desembarazarnos de los Pershing-2 y de la tutela norteamericana.

Ehmke prosigue: «Lo que importa a las poblaciones de Europa oriental es la cuestión de los derechos del hombre, es la libertad individual y política. Los disidentes la reclaman para ahora mismo y no ya para sus hijos, y la reclaman casi siempre incondicionalmente: “La libertad es indivisible” se decía ya durante la Primavera de Praga. Semejante exigencia de “todo o nada” es imposible de satisfacer para los regímenes comunistas. Equivaldría a su autoliquidación y a la liquidación del “glacis” soviético en Europa oriental».

Así, Ehmke dice, por una parte, que esos pueblos seguirían apoyándose en la Unión Soviética con tal de que pudieran desembarazarse de las camarillas en el poder; y por otra parte afirma que la URSS sacrificaría su «glacis» y su seguridad si hiciera concesiones. Ese tipo de afirmaciones contradictorias no refleja, a mi juicio, más que una voluntad de complacencia con respecto a los regímenes existentes. Simplemente, es falso afirmar que la URSS no puede proteger su seguridad más que negando las libertades fundamentales a esos pueblos. Pues eso significaría que solamente los pueblos soviéticos por la fuerza son susceptibles de entenderse con la Unión Soviética y tener en cuenta sus intereses legítimos. De hecho, esos intereses estarían mejor protegidos con una política de reformas interiores en Europa central. La viabilidad de esta política depende evidentemente también de las naciones occidentales. Estas pueden facilitarla o incluso ponerla en movimiento proponiendo a la URSS un reglamento general que ligue indisolublemente la realización por etapas de los tres planes siguientes: primero el desarrollo por etapas de la cooperación económica; en segundo lugar la democratización por etapas y el establecimiento de las libertades fundamentales en los países de Europa central-oriental; y en tercer lugar el establecimiento por etapas de un sistema de seguridad colectiva del que la «defensa defensiva» preconizada por Horst y Eckart Afheld ¹⁶ me parece un elemento particularmente importante. Ya describí en el número 7 de *Lettre internationale* (número 1 de *Letra Internacional*, edición española) cómo el progreso en cada uno de estos tres planes puede ir vinculado, en cada etapa, al progreso en los otros dos. Podemos hacer de manera que una política de reformas en Europa central-oriental presente para la Unión Soviética un interés tanto económico como militar.

Simplemente no veo por qué las reformas de la Primavera de Praga, que Ehmke cita expresamente, hubieran debido conducir a la autoliquidación de un régimen dispuesto a cooperar con la Unión Soviética. Dubcek era comunista, el partido comunista y el pueblo entero apoyaban el programa, los checos son tradicionalmente pro-rusos y el Kremlin podía preservar sus intereses estratégicos por otros medios que no fueran la eliminación, la destitución y el encarcelamiento de los reformadores comunistas.

P. Glotz: Estoy de acuerdo con usted sólo en parte. Hacia el final de su exposición, usted explica de alguna manera las razones de la segunda fase de nuestra política con el Este. Yo pienso, en efecto, que una política con el Este que desa-

rrolla los intercambios comerciales y culturales, entre otras cosas, que tiende a la seguridad colectiva y al desarme, pone alguna cosa en movimiento en el bloque oriental. Pero no estoy de acuerdo con su análisis del dubcekismo. La Primavera de Praga engendró una dinámica que —si la Unión Soviética y los otros países del Pacto de Varsovia no hubiera intervenido— hubiera arrasado con el comunismo. Por otra parte, no hay que olvidar que el Partido Comunista de Checoslovaquia contenía también otros grupos. No hay que olvidar que la dinámica de las reformas puso en marcha un proceso que habría amenazado numerosos privilegios y posiciones de poder del Partido Comunista de Checoslovaquia. Los detentadores de esas posiciones de poder se defenderán siempre con todas sus fuerzas —incluyendo, como ya vimos, la apelación a la Unión Soviética— contra su desposesión. Ese tipo de enfrentamiento no conduce a un proceso de reformas graduales del comunismo por el estilo del que se desarrolla lenta y silenciosamente —al menos en algunos terrenos— en Hungría.

En Checoslovaquia el proceso había tomado un giro tan explosivo que el enfrentamiento resultaba casi inevitable. Yo no criticaría, sin embargo, a los reformadores comunistas de la Primavera de Praga. Pero por otra parte considero que deberíamos evitar darles consejos. Pues a fin de cuentas, fueron ellos quienes tuvieron que soportar las consecuencias de su política. Yo reflexionaría siempre dos veces antes de aconsejar cualquier cosa, porque si las cosas salen mal son ellos quienes irán a la cárcel, no yo.

T. Fichter: Pero tú acabas precisamente de darles un consejo reprochando a la mayoría del Partido Comunista de Checoslovaquia no haber apreciado correctamente la dialéctica del proceso de reformas. En tu crítica llegas incluso a justificar, desde el ángulo de la filosofía de la historia, a la minoría staliniana que solicitó la intervención de la Unión Soviética. Tu análisis implica una intervención enérgica en los asuntos internos checoslovacos.

P. Glotz: En ningún caso justifico a los stalinistas. Pero es verdad que, a diferencia de muchos otros, yo presento los hechos en toda su brutalidad. Así es como, desde 1975, analizando la política de Salvador Allende en Chile, demostré que ésta era propiamente aventurerista, lo que no me impedía aprobar plenamente sus objetivos. Analizando esta política desde el ángulo de los costos y las ventajas se observa claramente, en efecto, que es imposible derrotar de esa manera a un poder capitalista en plena posesión de sus medios. De la misma manera sostendría que no se puede derribar a un poder comunista comportándose como intentaron hacerlo Dubcek y su grupo. Cuando se lucha por la libertad, no basta denunciar el poderío del capitalismo o del marxismo soviético, o «sovietismo»; hay que tener en cuenta que ellos disponen de tanques, de ametralladoras y de soldados. Y cuando uno quiere derrotar a gentes que disponen de tanques, de ametralladoras y de soldados, hay que actuar de forma muy reflexiva y circunspecta, porque si no uno acaba en prisión o en la cámara de tortura.

Tender a objetivos realizables

A. Gorz: Ese es un realismo político que yo no acepto. Pues si todo el mundo fuese tan reflexivo y circunspecto como usted desea, no habría jamás y en ninguna parte movimientos sociales, movimientos populares; la camarilla de Duvalier estaría aún en el poder en Haití y la camarilla de Marcos en Filipinas. Quizá tampoco tendríamos nosotros todavía sindicatos obreros, pues después de todo el

movimiento obrero empezó con personas que en 1830 proclamaban «mejor morir de pie que vivir de rodillas», y a principios de este siglo todavía se ametrallaba a los huelguistas. Hay en alguna parte una frontera ante la que es preciso decir: «eso no puedo aceptarlo, aunque me lleven a un campo de concentración, a un gulag o a las cámaras de tortura o me liquiden de un tiro en la nuca, porque si lo acepto ya no seguiría siendo un ser humano». Esta frontera no es la misma para todas las culturas, pero todos los movimientos de liberación son impulsados por hombres y mujeres que sienten y actúan de esa manera; nosotros les debemos mucho, todos. Claro está que hacen falta hombres políticos perspicaces y reflexivos para orientar la dinámica de esos movimientos hacia objetivos realizables y encadenar cambios realizables. Pero lo realizable depende también de la naturaleza del movimiento, de su dinámica. La KGB tiene aparentemente un miedo mayor a los movimientos populares que la CIA. Pues los checos, por ejemplo, no estaban completamente locos, no más locos que los filipinos. Su movimiento de reformas probablemente hubiera desembocado en una especie de socialdemocracia de izquierda, siempre con una planificación económica pero también con auténticos sindicatos obreros.

P. Glotz: Como socialdemócrata, tengo que señalar que la Unión Soviética no podría estar segura de un Estado socialdemócrata dentro de su bloque.

A. Gorz: Pero podría asegurarse la lealtad de semejante Estado sin tratarle como su presa, su colonia o su vasallo. Tarde o temprano habrá que llegar ahí. Después de todo, la seguridad de la Unión Soviética está claramente mejor asegurada en Finlandia y en Austria que en Polonia y en Checoslovaquia, sin hablar del hecho de que aún tiene que alimentar y subvencionar a estos dos últimos países.

T. Fichter: A mi juicio, la política de coexistencia no puede lograrse duraderamente en Europa más que si es sostenida por los pueblos de ambos lados de la cortina de hierro. No hay que creer que podamos practicar indefinidamente con la Unión Soviética una política común de distensión contra los intereses de los polacos, los checos o los eslovacos. Más bien necesitamos un pueblo polaco y un pueblo checo y eslovaco que apoyen desde el interior esta segunda fase de la política de coexistencia. Por eso tenemos que decirles a los soviéticos: «Recuerden ustedes, por favor, sus propias raíces humanistas que, además, existían también en los bolcheviques antes de Stalin. Dejen de una vez de pisotear los derechos del hombre». Semejante humanización de la política en Europa oriental es una condición necesaria para el éxito de la política de coexistencia. Si no, corremos el riesgo de que los pueblos de allá nos tiren un día de espaldas haciendo una revolución.

P. Glotz: Es evidente que hay que recordar continuamente a los dirigentes del otro lado los acuerdos de Helsinki y los derechos del hombre. Evidentemente yo me sentiría muy feliz si una serie de Estados de Europa oriental se volvieran socialdemócratas. El único problema es que, en la política exterior que nosotros llevamos concretamente, debo tener en cuenta el hecho de que —como André Gorz observa acertadamente— la Unión Soviética teme a tal revolución como el diablo al agua bendita. Por eso, dado que los movimientos populares en Europa oriental siempre amenazan con precipitar una intervención militar soviética, hay que esforzarse por evitar ese tipo de encadenamiento. Pues la consecuencia de cada nueva intervención es una nueva caída en prácticas dogmáticas y stalinistas. En el plano de esos objetivos estratégicos hay pues desacuerdos evidentes entre la so-

cialdemocracia alemana y una serie de oponentes que combaten radicalmente los regímenes de aquel lado. Me siento también muy escéptico cuando la prensa del grupo Springer presenta a esos defensores de los derechos humanos como a héroes, pues los objetivos políticos de la prensa del grupo Springer no pueden siempre ser los míos, así como tampoco los de la *Carta 77* o de Solidaridad.

A. Gorz: Ahí exagera usted. Ni siquiera la prensa de Springer puede hacer de Walesa un reaccionario. Solidaridad no ha combatido radicalmente al régimen sino que ha creído poder reformarlo. Es verdad que una política de reformas resultará imposible mientras una Nomenklatura corrompida concentre todos los poderes en sus manos. Ante todo es preciso hacer saltar la Nomenklatura. Pero no es necesario, sin embargo, reemplazarla con políticos reaccionarios o pro-occidentales.

P. Glotz: Yo me pongo a analizar un proceso y me digo: una Nomenklatura temerosa de hundirse se defenderá con uñas y dientes y todas sus ametralladoras. Y un enfrentamiento interno en un Estado comunista conduce muy rápidamente, ya lo sabemos, a la intervención del «internacionalismo proletario»: es decir, de los tanques. Esto es lo que hay que analizar, sin por ello aceptarlo, para de ahí sacar las consecuencias en política exterior.

¹ Obra recogida junto con otros ensayos en Editions du Seuil, Points/Politique, 1969.

² Ediciones 2001, 1982.

³ En *Das Ende der Arbeitsteilung?* («¿Hacia el fin de la división del trabajo?»), publicado por C. H. Beck, Munich 1984, los sociólogos del trabajo Horst Kern y Michel Schumann analizan las posibilidades de recalificación del trabajo que la automatización y la robótica ofrecen en las diferentes industrias. El trabajo industrial podría convertirse, según ellos, en una actividad autónoma y gratificante.

⁴ Antiguo dirigente de la izquierda estudiantil (SDS), profesor en la Universidad de Hannover, Oskar Negt es uno de los teóricos más influyentes de una política de reducción de la jornada laboral y de extensión hacia los planos político y cultural del mandato de los sindicatos. Véase *Lehendige Arbeit, enteignete Zeit* («Trabajo vivo, tiempo alienado»), Campus, Frankfurt/Main 1984.

⁵ Diferentes institutos alemanes proceden regularmente a sondeos para medir el apego o el rechazo de los asalariados con respecto a su trabajo y sus preferencias entre las diferentes maneras de reducir su duración.

⁶ Charly Boyadjian: *La Nuit des machines*, Les Presses d'Aujourd'hui, París, 1978.

⁷ Peter Glotz: *Manifest für eine Neue Europäische Linke*, Siedler Verlag, Berlín, 1985.

⁸ Franz Steinkühler es secretario general adjunto del sindicato de la metalurgia (IG Metall) que, con dos millones y medio de afiliados, es la federación más importante de la Confederación de Sindicatos Alemanes (DGB).

⁹ Monika Wulf-Mathis.

¹⁰ Véase especialmente *Lettre internationale*, núm. 8 (marzo 1986); *Autogestions*, núm. 19 (1985); *Partage*, núm. 22 (junio-julio 1985), núm. 27 (marzo-abril 1986) y núm. 24 (noviembre-diciembre 1985).

¹¹ Rainer Wagner es Director del gabinete de Peter Glotz.

¹² Publicado en Francia en la éditions Galilée, París, 1983.

¹³ Antiguo ministro de Cooperación, abogado de una política eco-socialista desde principios de los años 1970, Erhard Eppler es actualmente presidente de la Comisión encargada de la redacción de un nuevo programa del SPD. Filósofo, autor de obras de filosofía marxista, Iring Fetscher es miembro de la comisión revista político-cultural (*L'80*), teórico de una reestructuración del Estado providencia, Johano Strasser es igualmente miembro de la comisión del programa.—Klaus Traube, antiguo responsable del programa del supergenerador alemán, se unió muy pronto a la oposición contra la nuclear y otras tecnologías pesadas por razones políticas, económicas y ecológicas expuestas en numerosas obras, como *Die Zukunft des Fortschritts* («El futuro del progreso»), Bonn, 1981, escrita en colaboración con Johano Strasser.

¹⁴ Ursula Schmiederer, antigua responsable del SDS, profesora en la Universidad de Osnabrück, colabora en la revista mensual *Links*. Hinrich Oetjen y Martin Jander son respectivamente director y colaborador del Centro federal para la formación de jóvenes de la DGB (DGC-Bundesjugendschule, Hattingen).

¹⁵ Horst Ehmke es uno de los principales portavoces del SPD para la política exterior. (Se hace referencia al artículo que, en España, apareció en el número 20 de la revista *Leviatán*, verano de 1985).

¹⁶ Horst y Eckart Afheldt, respectivamente investigador en el Instituto Max Planck en Goettingen y general de la Bundeswehr, han precisado la organización de una defensa convencional en profundidad que, basada en la renuncia a toda capacidad ofensiva o punitiva, quita, sin embargo, al invasor la «prima a la agresión». Véase Horst Afheldt, *Pour une défense non suicidaire de l'Europe*, La Découverte, 1983.



Leviatán

Revista de hechos e ideas

NUMERO 16 (Verano 1984)

Fernando Morán: La política exterior española. Joaquín Leguina: Las autonomías: dos puntos de vista. Pilar Brabo, Carmen Ortiz: Las elecciones autonómicas en Cataluña. Ignacio Sotelo: Poder institucional y hegemonía social. Miguel Angel Martínez: Occidente y América Central. Angel Viñas: Este-Oeste, Norte-Sur y Europa Occidental. Giancarlo Pasquini: Italia: la democracia bloqueada. Perry Anderson: Modernidad y revolución. Marshall Berman: Las señales en la calle. Ludolfo Paramio: La izquierda y la crisis económica. Angel Merino: «Leviatán»: la búsqueda de una teoría. Entrevista con Mario Camus. Felipe Hernández Cava: El tebeo, el «cómic» y Dios dirá.

NUMERO 17 (Otoño 1984)

Angel Viñas: Coordenadas de la política de seguridad española. José Miguel Bueno: Política de seguridad española. Enrique Panés: OTAN: de entrada no, no. Antonio Santesmases: PSOE y OTAN. Carlos Bru: España entre dos tratados. S. Juliá. L. Paramio y M. Satrustegui: Dos años de gobierno del PSOE. Didac Fábregas: Un partido para construir y dirigir el cambio. Entrevista con Gabriel Jackson. Santos Juliá: Continuidad y ruptura en el socialismo. Fernando Savater: Perplejidad y responsabilidad del intelectual. Carlos Moya: 1984, señas de Leviatán. Roger Bartra: El 1984 de la izquierda latinoamericana. Enrique Gomáriz: La reconversión de la izquierda.

NUMERO 18 (Invierno 1984)

Jordi Borja: La izquierda: nuevas formas, nuevas ideas. Manuel Escudero: El Estado de las autonomías. Carlos de la Serna: ¿Alternativas a los bloques? Helga Montag: Televisión pública y televisión comercial. Anna Balletbó: La mujer y los medios de comunicación social. Entrevista con Gonzalo Torrente Ballester. Fernando Claudín: Conversación con Agnes Heller. Luciano Pellicani: El futuro del socialismo. M. A. Quintanilla y R. Vargas-Machuca: Ideas para el socialismo del futuro. Juan Miguel Lamet: Sobre algunos tópicos del cine español. J. L. Guereña: Situación apasionada de Vicente Aleixandre.